

Voces demasiado seguras, lenguas insuficientes

Toda esa suciedad

JUANDIEGO SERRANO

Universidad Industrial de Santander,
Bucaramanga, 2019, 214 pp.

SIEMPRE ES difícil escribir sobre un libro de cuentos. Cuando el libro es genial, digamos, en la reseña parece que cada cuento se desdibujara y perdiera individualidad, y los elogios se le hacen a algo que está por encima de cada texto, casi sin tocarlo. Y cuando el libro no vale la pena –imaginemos– la reseña suele ser un memorial de agravios pormenorizado en el que parece que se intentara salvar por lo menos un texto. Un ejercicio de autoindulgencia para quien a todas luces siente que perdió el tiempo.

Entre la reseña totalizante o la de los detalles no sé en dónde se ubica esta, aunque espero que sea claro hacia el final. Sobre todo porque, aunque animados por un mismo espíritu (o por lo menos un par de espíritus similares), los cuentos de *Toda esa suciedad* son a la vez irregulares. Es decir: son todos diferentes pero parecen también ser el mismo cuento.

De diferentes tienen que el costumbrismo produce a veces unas conversaciones muy divertidas, y otras veces unos relatos vacíos y estereotípicos. El cuento que abre el libro, “10-02”, es ejemplo de lo primero. Como una especie de cuadro de costumbres moderno, aprovecha una novena de aguinaldos entre vecinos para armar un modelo a escala de sus relaciones. El relato se mueve entre la tensión autodestructiva y la profunda ironía que caracterizan las interacciones de personas a medio camino entre sentirse resignadas a estar juntas y disfrutar de estarlo. Sus personajes son dignos de una comedia de las equivocaciones; actúa cada quien como le toca, es decir, como mejor sabe, y en su corto guion exhibe una pequeña e insignificante verdad.

Pero lo que tiene de bien logrado “10-02” lo pierde rápidamente *Toda esa suciedad* en los siguientes cuentos. “Míster Cuquita”, por ejemplo, parte

de una estructura narrativa intrigante: la búsqueda de un escritor misterioso, un libro extraño encontrado en la basura, la descripción de un culto. Y sin embargo el cuento se deshace a sí mismo: el libro misterioso, un compendio de entradas de diario de un supuesto adorador de las vaginas, se toma la narración sin más y terminamos leyendo sus inocuidades.

“Cucarachón” y “Alina entre la cuerdas” caen en lo mismo: sus estructuras narrativas y sus mejores ideas quedan reducidas a una función estructural para que sean sus personajes principales quienes escriben los cuentos. Los relatos de este libro piden a gritos un sarcasmo marcado (¿qué más puede pedir un cuento sobre un amor cuyos encuentros físicos están acompañados siempre por una cucaracha?), que sin embargo nunca llega. Y la razón de esto puede ser el mayor vacío del libro: sus personajes centrales son voces muy seguras. O mejor: son *una sola voz* muy convencida de sí misma (incluso de su propia duda). La mayoría de los cuentos parecen narrados por la misma voz que quiere a toda costa dejar claro lo que cree y lo que no.

En los últimos cuentos, “*Déjà vu* en el jardín de flores”, “Unión libre” y “*Känsligheten*”, esto queda más claro. Son monólogos planos en los que los narradores aprovechan un supuesto relato para reflexionar. Disfrazados de búsquedas intelectuales o sentimentales, sus discursos son una colección de lugares comunes e ideas a medio pensar; y con esto no quiero decir que todas las reflexiones de los personajes de un cuento deban ser ensayos elaborados. Sin embargo, cuando son esos discursos los que terminan en el centro de los cuentos y amenazan constituir la mayor parte del libro, se busca en ellos más de lo que estos logran dar.

Y como todos los relatos tratan sobre amor y sexo entre hombres y mujeres, es apenas esperable que quien los lea intente entender mejor con cada página lo que las distintas voces dicen y hacen al respecto. Lo hizo el mismo prologuista, Hugo Armando Arciniegas, cuando dejó claro que *Toda esa suciedad* no es un libro para los convencidos de la corrección política. Pero su comentario parece una apología de esas que hacen quienes no

saben cómo más defenderse si no es con advertencias. ¿Qué debemos hacer quienes encontramos que la misoginia se pasea rampante por el libro con el pretexto, dice el prólogo, de que la obra es una “construcción verosímil” y está “anclada en una realidad que no está bien construida” (p. 9)? ¿Nos debe parecer suficiente, como pretende Arciniegas, que nos hayan advertido lo que estábamos a punto de leer?

A despecho de ser llamado un “censurador” por el prologuista, me es imposible dejar de decir que casi todos los cuentos de *Toda esa suciedad* están muy marcados por la misoginia. Sus personajes no pueden evitar relacionarse con las mujeres desde la violencia sexual o sentimental, ya sea por considerarlas y tratarlas como poco más que fuentes de placer, o porque los estereotipos de género no les permiten que sus vidas vayan más allá de lo que respecta a ellos mismos. Pero el problema no radica allí, sino en que no hay prácticamente ninguna pista de que tales elementos estén presentados con el más mínimo atisbo de conciencia estética. ¿Cuál es el sentido que se juega, que se expande, que se quiebra en estos cuentos? ¿Qué está haciendo allí la misoginia, si no es simplemente eso, *estar*?

Por último, para quien diga que al fin y al cabo la literatura es lenguaje, solo me queda volver a citar al prologuista. Hacia el final de su prólogo, dice que la escritura de Serrano es “rigurosa, investigativa y cuidada incluso hasta el borde de la obsesión” (p. 11). Y después de citarlo, tengo que volver a estar en desacuerdo con él: el supuesto “léxico culto” (p. 11) de Serrano es una sucesión de adjetivos que muchas veces hacen ilegibles sus frases. A su lado, los santandereanismos suenan postizos y pierden todo el color local que pretenden dar a los relatos. La lengua de este libro está lejos de ser una realmente “cuidada”, es decir, no “cult” sino cultivada de verdad, una lengua que se haga crecer como un organismo en el que se pueda leer un mundo. Es en cambio una lengua en la que no se ve nada más que el deseo de mostrar un supuesto *manejo*. Y que “se maneja” es lo último que se puede decir de la lengua de la literatura.

Jose Castellanos